



Esta sección explica quién es Dios y cuáles son sus características.

La Esencia y los Atributos de Dios

Dios es uno en número y sustancia: la esencia de Dios

Dios es una clase en sí mismo

Nuestra capacidad para describir a Dios es muy limitada, él es único. Dios es el único en su clase, no hay otro como él; es una clase por sí mismo. Para describir a una persona se pueden utilizar todo tipo de rasgos humanos; se puede decir qué tan alta es, porque todos los humanos tienen estatura. Se puede decir: cuánto pesa, el color de su cabello, el tipo de empleo que tiene, dónde vive, o qué idioma habla. Tenemos experiencia con todo eso; el ser humano es algo que podemos comprender, somos parte de esa clase.

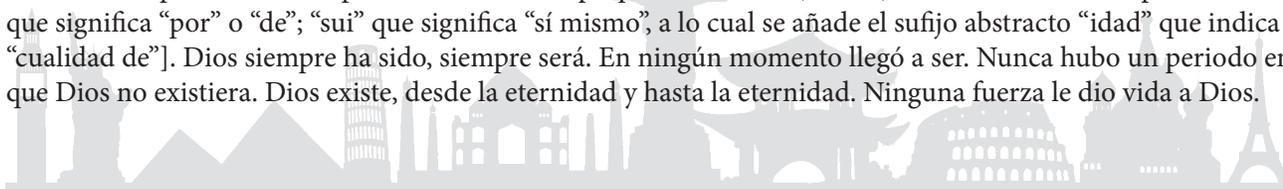
Pero, Dios es diferente de su creación; él es el Creador y nosotros somos las criaturas. Como dice Moisés: “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad” (Éx. 15:11). Al tratar de describir a Dios, solo podemos referir lo que él ha dicho de sí mismo en la Biblia. Hacemos bien en seguir la advertencia de no pretender ir más allá de la Escritura. Se ha dicho que, si no entendemos lo que Dios es, debemos tener cuidado de no convertirlo en lo que no es.

Dios es uno: la unidad de Dios

Cuando hablamos de la esencia de Dios, nos referimos a que Dios existe como un ser divino en tres personas distintas. La esencia de Dios es su espiritual e independiente naturaleza, común a las tres personas. Hay un solo Dios. El Señor declaró: “Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve” (Is. 43:11). El Señor nos manda adorar solo a él (Dt. 6:13; Mt. 4:10). Nadie ni nada puede ocupar su lugar (Éx. 20:3).

La Biblia hace hincapié en la unicidad, o unidad, de Dios. Dios es uno en un sentido *exclusivo*, él es el único Dios que existe, no hay nadie como él (Is. 44:6; 1 Co. 8:4-6). Él es uno en número. Dios es también uno en sentido *absoluto*; no puede ser subdividido en partes. Aunque hay tres personas en la Divinidad, hay un solo Dios. Dios no es como un pastel que se divide en tres partes. Dios es un ser divino (Dt. 6:4). Dios es también un ser personal, no es una fuerza que se extiende por el universo. Dios tiene rasgos personales como: voluntad (2 P. 3:9), amor (Jn. 3:16), vida (Jos. 3:10), habla (Éx. 20:1), conocimiento, y sabiduría (Ro.1:33).

Dios es independiente de toda causa externa a él; esa es la aseidad de Dios [**Aseidad**. Atributo de Dios, por el cual existe por sí mismo o por necesidad de su propia naturaleza. (DRAE). Deriva del latín compuesto: “a” que significa “por” o “de”; “sui” que significa “sí mismo”, a lo cual se añade el sufijo abstracto “idad” que indica “cualidad de”]. Dios siempre ha sido, siempre será. En ningún momento llegó a ser. Nunca hubo un periodo en que Dios no existiera. Dios existe, desde la eternidad y hasta la eternidad. Ninguna fuerza le dio vida a Dios.



Dios es la fuente y el autor de la vida (Ez. 33:11; 1 Jn. 5:20). Dios no depende de nadie ni de nada, fuera de él, para su ser o para su bienestar.

En la historia han aparecido errores que han negado la unidad de Dios:

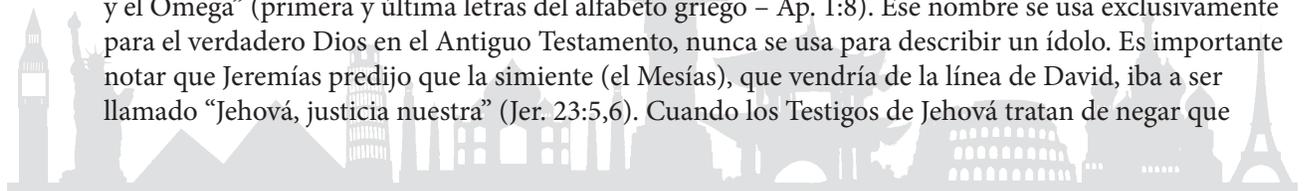
- El *politeísmo* cree en una multitud de dioses. Los antiguos: egipcios, babilonios, asirios, cananeos, griegos, y romanos, eran politeístas, reverenciaban una multitud de dioses. Hoy, el mormonismo (iniciado en 1830 por Joseph Smith y promovido por Brigham Young) es de naturaleza politeísta. El mormonismo cree que el hombre puede ascender a la divinidad. Así, el Dios de la Biblia es solo uno entre muchos. “Como era Dios, es el hombre; como es Dios puede ser el hombre” es el tema del mormonismo.
- El *triteísmo* niega la unidad de Dios y enseña que hay tres dioses.
- El *dualismo* es la creencia de que eternamente ha coexistido un principio del mal con un dios del bien. El zoroastrismo (iniciado por Zoroastro en el siglo 7 a.C.) era una religión dualista de Persia antes de que el Islam entrara en la escena. El maniqueísmo (fundado por Manes – m. 277) de Persia, también era de naturaleza dualista. El gnosticismo (iniciado en el siglo 2) era la creencia de que había un dios supremo (predicado por Jesucristo) al que se le oponía un demiurgo (un dios del mal) que, según ellos es el Dios del Antiguo Testamento.
- El *monismo* niega la unidad de Dios al borrar la distinción entre Dios y su creación. El monismo enseña que: Dios y el mundo, materia y espíritu, cuerpo y alma, son modificaciones de un principio. No se debe confundir el monismo con el monoteísmo, que es la creencia en un solo Dios. El monismo se presenta en diversas creencias.
- El *panteísmo* identifica a Dios con el mundo. Una forma de panteísmo cree que Dios se despliega en el mundo, que es, a su vez, absorbido por Dios. Otra forma de panteísmo lo ve en una piedra, Dios es una piedra. El panteísmo es todavía popular en las religiones de la Nueva Era.
- El *materialismo* enseña que la materia es indestructible, algo que ha existido desde la eternidad. Se rechaza a Dios y se eleva la materia a la posición de dios.

Dios es uno en número y sustancia. No hay nadie como él. No puede ser subdividido en partes.

Dios nos habla de sí mismo por medio de sus nombres

Los nombres de Dios nos dicen mucho sobre él. Los siguientes son algunos de los nombres que Dios nos ha revelado en el Antiguo Testamento:

- *Yahveh o Jehová* [YHVH - יהוה] es el nombre por el que Dios se ha revelado a nosotros como el Dios de gracia gratuita y fiel. Es el nombre por el cual se reveló a Moisés en la zarza ardiente (Éx. 3:14,15). Dios dijo: “YO SOY EL QUE SOY”. Él es el Dios eterno, inmutable, cuyos propósitos para su pueblo son siempre los mismos. Él es el Dios del pacto por el cual prometió enviar al Salvador del pecado. El mismo pensamiento que está contenido en el nombre Jehová se expresa en el libro de Apocalipsis, donde el Señor se refiere a sí mismo como “aquel que es y que era y que ha de venir” (Ap. 1:4), “el Alfa y el Omega” (primera y última letras del alfabeto griego – Ap. 1:8). Ese nombre se usa exclusivamente para el verdadero Dios en el Antiguo Testamento, nunca se usa para describir un ídolo. Es importante notar que Jeremías predijo que la simiente (el Mesías), que vendría de la línea de David, iba a ser llamado “Jehová, justicia nuestra” (Jer. 23:5,6). Cuando los Testigos de Jehová tratan de negar que



Jesús es Jehová, debemos mostrarles este pasaje. Jesús también se aplicó a sí mismo el nombre “Yo soy” (Jn. 8:58). La gente de ese tiempo sabía que Jesús afirmaba que era el eterno “Yo soy” que apareció a Moisés. Por eso querían apedrearlo. En muchas versiones, el nombre Jehová del Antiguo Testamento, se traduce como SEÑOR.

- *Elohim* es un nombre que se usa para describir al Dios verdadero (Gn. 1:1). Se usa también para describir: ídolos (2 R. 1:2), y a los jueces y magistrados de Israel que habían de ser representantes de Dios (Sal. 82:6). El nombre se deriva del verbo hebreo que significa “ser fuerte”. Este nombre nos habla de la grandeza y el poder de Dios (Dt. 32:39).
- *Adonai* se refiere al hecho de que Dios es mi soberano, mi amo. En hebreo, se llama Adonai a un señor terrenal, temporal. El nombre Adonai indica el respeto con que debemos dirigirnos a nuestro Dios Salvador. En nuestras versiones, el nombre Adonai del Antiguo Testamento, se traduce generalmente como Señor.
- *El* es un nombre que distingue a Dios de otros seres, particularmente humanos (Ez. 28:2). Con frecuencia se relaciona con alguna palabra que describe a Dios.

El-Hay—el Dios viviente (Jos. 3:10).

El-Elyon—el Dios Altísimo (Sal. 78:35).

El-Shaddai—Dios Todopoderoso (Gn. 17:1).

El-Gibbor—Dios Poderoso (Is. 10:21; el mismo término se aplica al Mesías venidero en Is. 9:6).

El-Olam—Dios Eterno (Gn. 21:33).

Dios tiene voluntad

Dios tiene voluntad. Se habla de su voluntad de tres maneras. Primera, Dios tiene la facultad de desear (Ef. 1:5). Segunda, él aplica su voluntad en actos individuales (Dn. 4:32). Tercera, la expresión “la voluntad de Dios” se refiere a veces al contenido de lo que él quiere (Mt. 12:50). La voluntad de Dios es libre e independiente. No se requieren causas para ser puesta en acción (Ro. 9:15; Sal. 135:6). Eso va más allá de nuestra comprensión, en especial al considerar la pregunta de si Dios se conmueve por nuestras oraciones. Para hablarnos en lenguaje que podamos entender y animarnos a orar, la Biblia habla *antropomórficamente* (Dios se atribuye características humanas). Por lo tanto, Dios nos dice que es movido por su amor y compasión para nosotros (Jn. 3:16; La 3:22,31-33). También es movido por nuestra lastimosa condición (Sal. 103:13,14).

Dios nos exhorta a llevarle a él, en oración, nuestras preocupaciones. Cuando tengo problemas, no voy a molestarme tratando de comprender la libre e independiente voluntad de Dios; antes bien, voy a aferrarme a su promesa: “Invócame en el día de la angustia; yo te libraré y tú me honrarás” (Sal. 50:15 NVI). Dejo que otros filosofen largamente sobre la libre e independiente voluntad del trascendente e insondable Dios; yo me aferraré a sus palabras y promesas, y confiaré en Cristo con todo mi corazón. La sencilla verdad de que Dios recibe mis oraciones y promete responderlas, es todo lo que necesito. “La oración eficaz del justo [justo por medio de la justicia de Cristo, recibida por la fe] puede mucho” (Stg. 5:16).

La voluntad de Dios es una, así como él es uno. Pero esa única voluntad, se puede ver desde diversas perspectivas. A veces la voluntad de Dios es absoluta, lo que desea debe ocurrir. . “Yo anuncio el fin desde el principio; desde los tiempos antiguos, lo que está por venir. Yo digo: Mi propósito se cumplirá, y haré todo lo que deseo [...] Lo que he dicho, haré que se cumpla; lo que he planeado, lo realizaré” (Is. 46:10,11 NVI). ¿Qué hará Dios indefectiblemente? Hará regresar a Judá de la cautividad y destruirá a Babilonia. “haré retribución, y no se libraré hombre alguno” (Is. 47:3b). A veces Dios anuncia algo que ocurrirá si se cumple una condición. El Señor le dijo a Israel que, si cumplían su ley, serían su pueblo escogido (Éx.19:5). Como Israel no guardó la

ley de Dios, perdieron esa privilegiada condición.

La voluntad de Dios a veces se realiza por un medio o un instrumento. Dios ha decidido sostenernos por medios como: el alimento, el techo, y la medicina. Si descuidamos los medios elegidos por Dios, podemos morir. Dios preserva la fe por los medios de gracia (el evangelio y los sacramentos del bautismo y la cena del Señor). Si descuidamos esos medios, podemos perder la fe. Dios quiere llevarnos a la salvación por medio del evangelio. Pero, podemos rechazar la voluntad divina de salvarnos (Mt. 23:37; Hch. 7:51).

Dios nos ha revelado su voluntad en la Biblia, que llamamos la voluntad *revelada* de Dios. Pero, Dios no nos ha revelado todo sobre él en la Biblia. A lo que no nos ha revelado lo llamamos su *voluntad oculta*. Pero, aunque Dios no nos ha dicho todo sobre él, debemos afirmar que no hay voluntades contradictorias en Dios. Juan Calvino, el reformador que vivió en la época de Lutero, creía que Dios declaró públicamente en la Biblia que quería salvar a todas las personas, pero que privadamente hizo un decreto secreto para condenar a algunos. Así, pensaba que Dios no tomaba en serio la salvación de todos. Creía que Dios hacía algo en la debida forma con unos, pero que en realidad ya había elegido a esas personas para condenación. Esa idea presenta hipocritía a Dios y contradice las claras afirmaciones divinas de que él desea ardientemente la salvación de todos los pecadores (Ez. 33:11; 1 Ti 2:4; 2 P 3:9).

La voluntad de Dios, cuando viene por medio de la ley, es *condicional*. Dios promete bendiciones por obedecer su ley. Pero, se debe cumplir la condición para obtener la bendición (cf. Las bendiciones por la obediencia—Dt. 28:1, 15,58).

La voluntad de Dios, cuando viene por medio del evangelio, es *incondicional*. No hay compromisos, la salvación es un don gratuito (Ro. 3:24).

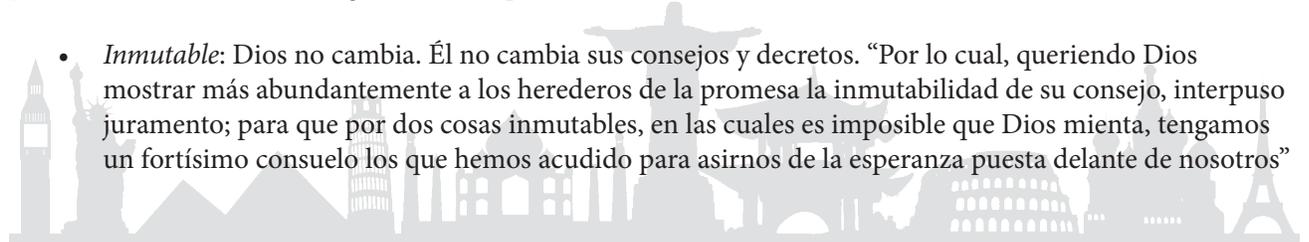
Finalmente, algunos han distinguido entre lo que llaman voluntad de Dios primaria (antecedente) y secundaria (consecuente). La voluntad primaria de Dios es que él desea la salvación de todos los pecadores (1 Ti. 2:4). La voluntad secundaria de Dios es que juzga a los que rechazan su gracia (Mt. 23:37). Pero a algunos no les gusta esa distinción, porque se ha usado para enseñar que los humanos pueden cooperar con Dios en su conversión. Como hay un malentendido, lo mejor es decir con la Escritura: “por gracia sois salvos” (Ef. 2:8,9). Los que perecen es porque han rechazado la gracia de Dios (Mt. 23:37).

Los atributos de Dios

¿Cómo es Luís? Es: amable, compasivo, cortés, y dinámico. Generalmente podemos decir cómo es una persona describiendo sus características. Distinguimos entre Luís y sus características. No podemos hacer esto con Dios. Dios no es distinto de sus atributos. Dios consiste en sus atributos. Dios es amor; Dios es vida. Cuando la Biblia le asigna atributos a Dios, sencillamente se acomoda a nuestro limitado entendimiento. Cuando estudiemos los siguientes atributos asignados a Dios, lo haremos reconociendo que todo lo que se diga sobre los atributos de Dios se basa en el conocimiento muy limitado de Dios. Por pequeña que sea nuestra comprensión de la complejidad del universo, es aún menos lo que podemos comprender del incomprensible Dios.

Al estudiar los atributos de Dios, reconoceremos que Dios habla en un lenguaje que podamos entender y así pueda darnos consuelo. Lo siguiente es lo que entendemos de los atributos de Dios:

- *Inmutable*: Dios no cambia. Él no cambia sus consejos y decretos. “Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros”



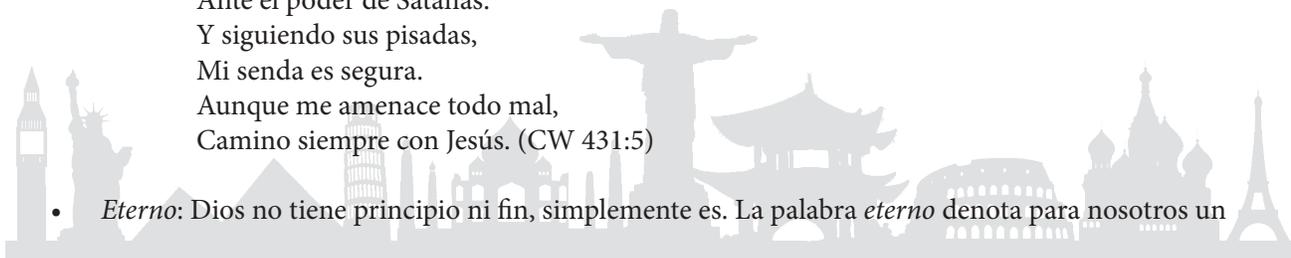
(Heb. 6:17,18; vea también Nm. 23:19; Sal. 33:11; Pr. 19:21; Ro. 3:3; 11:29). El mundo cambia, pero Dios no (Sal. 102:25-27). Dios no es voluble; él “no cambia como los astros, ni se mueve como las sombras (Stg. 1:17 NVI). Él no cambia de opinión, sus promesas son siempre confiables.

¿Qué decir de los pasajes bíblicos en los que parece que Dios cambió? Hay profecías que parece que no se cumplieron. Por ejemplo, el Señor predijo que Nínive iba a ser destruida en 40 días; eso no ocurrió. La razón para que no ocurriera es que había una condición unida a la profecía. Los habitantes de Nínive se arrepintieron; por eso, Dios no los destruyó. La Biblia nos dice que Dios se arrepintió de haber creado al ser humano (Gn. 6:6) y de haber hecho rey a Saúl (1 S. 15:11). Generalmente se dice que aquí la Biblia habla *de modo antropopático*, le atribuye a Dios una emoción humana. Dios no cambia de opinión; emprendió un nuevo curso de acción producido por la maldad humana.

- *Infinito*: Dios no tiene límites. Esto trasciende nuestra comprensión, porque somos criaturas finitas. Hablamos de la infinitud del espacio, pero el espacio es una creación de Dios, y solo él es infinito. Como observa Salomón: “Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener” (1 R. 8:27). Nosotros estamos sujetos al tiempo; Dios es independiente del tiempo (Ap. 4:9). Estamos sometidos al espacio, solo podemos estar en un lugar en un momento. Dios no está limitado por el espacio; podemos estar seguros de su presencia donde quiera que vayamos (Sal. 139:7-12). Nosotros estamos sujetos a las leyes de la naturaleza; Dios estableció esas leyes, y puede obrar independientemente de ellas, como hace cuando obra milagros. Dios es también independiente de las leyes de la lógica. Los seres humanos no pueden forzar a Dios a encajar en las convenciones de la lógica humana. Ulrico Zwinglio (m. 1531) no creía que la naturaleza humana de Cristo pudiera tener los atributos de la naturaleza divina, aunque la Biblia se los atribuye claramente a Jesús. Por eso, trató de acomodar las claras palabras de la Escritura a su preconcebido molde lógico. Dios es infinito, hacemos bien en tomar sus palabras con confianza infantil y no tratar de acomodar a Dios a nuestra limitada mente.
- *Omnipresente*: Dios está presente en todas partes. El salmista escribe: El salmista escribe: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba Y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra” (Sal. 139:7-10). El Señor declaró, por medio de Jeremías: “¿Acaso no soy yo el que llena los cielos y la tierra?” (Jer. 23:24 NVI). Pablo escribe: “Porque en él [Dios] vivimos, y nos movemos, y somos” (Hch. 17:28). Dios está presente en toda la creación, la hace funcionar. Pero no se debe confundir a Dios con su creación (panteísmo). Sencillamente no podemos comprender cómo puede ser Dios omnipresente. En vez de tratar de comprender o de explicar la omnipresencia de Dios, regocijémonos en ella. No hay lugar donde vayamos y Dios no esté con nosotros. Cuando Jesús nos dice: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Mc. 16:15), sabemos que no vamos solos, Dios está con nosotros. Cuando estamos ante una operación quirúrgica o ante un peligro, sabemos que Dios está ahí para protegernos. Como lo expresa el escritor del himno:

Camino siempre con Jesús;
Su guía nunca me falta.
Él quita de mí todo temor
Ante el poder de Satanás.
Y siguiendo sus pisadas,
Mi senda es segura.
Aunque me amenace todo mal,
Camino siempre con Jesús. (CW 431:5)

- *Eterno*: Dios no tiene principio ni fin, simplemente es. La palabra *eterno* denota para nosotros un



tiempo muy largo; pero, para Dios, no expresa un periodo ilimitado de tiempo, sino que no hay tiempo para él. Él vive en un presente inmutable. Así, Dios puede decir a su Hijo: “Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy” (Sal. 2:7). El Hijo es eternamente engendrado del Padre, nunca hubo un tiempo en que no existiera. Como Dios es eterno, viviendo en un presente perpetuo, la relación entre el Padre y el Hijo es tal que sencillamente “es”. Como Dios es eterno, ve la muerte de Cristo como un hecho presente (Ap. 13:8) y la resurrección de toda carne como un hecho presente (Mt. 22:32). Como Dios es eterno, podemos decir con Moisés: “Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación. Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios” (Sal. 90:1,2).

- *Vida*: Dios es la fuente y el autor de la vida. A él no le fue dada vida, él es vida. Juan dice de Jesús: “Este es el verdadero Dios, y la vida eterna.” (1 Jn.5:20). Dios jura por sí mismo que nos dará doble seguridad de que lo que él nos dice es la verdad (Ez. 33:11: “Tan cierto como que yo vivo” NVI). Jesús dice: “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (Jn. 5:26). Dios es el “Dios viviente” (Jos. 3:10). La vida de Dios es una advertencia para los que piensan que pueden ir por ahí con su pecado. “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Heb. 10:31). La vida de Dios es seguridad para los que confían en él: “esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen” (1 Ti. 4:10).
- *Omnisciente*: Dios sabe todas las cosas. Su conocimiento es distinto del conocimiento humano. Adquirimos conocimiento por aprendizaje o por experiencia. El conocimiento de Dios es intuitivo, no llega a él desde afuera. Dios sencillamente lo sabe todo (1 Jn. 3:20). Su conocimiento es completo, y nadie puede añadirle nada (Is. 40:13). Dios sabe hasta el mínimo detalle de nosotros, sabe cuándo: nos sentamos, nos levantamos, y nos acostamos. Sabe lo que pensamos y lo que decimos (Sal. 139:1-4 NVI). Sabe el número exacto de nuestros cabellos (Mt. 10:30). Es un gran consuelo tener la seguridad de que Dios sabe todo de nosotros, no estamos perdidos en la multitud. El mismo Dios que “determina el número de las estrellas y a todas ellas les pone nombre” también “restaura a los abatidos y cubre con vendas sus heridas” (Sal. 147:3,4). Por la gracia de Dios en Cristo no tenemos temor de que él conozca todos nuestros pecados y podemos consolarnos de que conozca nuestra desesperada condición.

Dios lo sabe todo—pasado, presente, futuro, y en potencia. Pero aún esta afirmación es deficiente, porque si bien hay pasado y futuro para nosotros, para Dios solo hay un presente eterno. La Biblia le atribuye a Dios un conocimiento previo, pero eso le atribuye una característica humana a Dios (antropomorfismo). El pre-conocimiento se le atribuye a Dios, desde nuestro punto de vista. Lo que está en el futuro para nosotros, es presente para Dios. Dios sabe también las potencias de todas las cosas, sabe lo que podría ocurrir. Sabía que los hombres de Keila iban a traicionar a David si se quedaba ahí (1 S. 23:9-13). La omnisciencia de Dios nos abrumba. Cuanto más aprendemos sobre ella, más nos damos cuenta de que no podemos ni empezar a comprenderla. Decimos, con el salmista: “Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; ¡alto es, no lo puedo comprender!” (Sal. 139:6).

Algunos han presentado la cuestión de que, si Dios sabe de antemano que va a ocurrir un evento malo, y debe ocurrir, ¿cómo puede ser tenido como responsable un pecador de sus pecados? Dios sabe todo lo que ocurrirá en el futuro (desde nuestro punto de vista); como lo sabe, ocurrirá. Sin embargo, hay diferencia entre el “pre-conocimiento” que tiene Dios de un evento y el “pre-ordenamiento” divino del evento. La diferencia es entre certeza y necesidad. Juan Calvino (1509–1564) no entendió esta distinción; creía que lo que Dios preconoció, lo decretó, lo que en últimas hace a Dios el autor del mal. Dios preconoció el mal, pero nosotros somos responsables del mal que hacemos.



Como dicen nuestras confesiones:

La presciencia [del latín *praescientia*] o pre-conocimiento de Dios, prevé y preconoce también lo malo, pero no en el sentido de que fuese la misericordiosa voluntad de Dios que lo malo acontezca; antes bien, lo que la perversa y mala voluntad del diablo y de los hombres se propondrá y hará, o quiere proponerse y hacer, esto todo lo ve y lo sabe Dios de antemano; y su pre-conocimiento observa, su orden también en las cosas u obras malas, de manera tal que Dios fija a lo malo, que él no quiere ni aprueba, su meta y medida, determinando hasta dónde debe ir y hasta cuándo debe durar lo malo, y cuándo y cómo él habrá de impedirlo y castigarlo. Y todo esto lo gobierna Dios de modo tal que al fin todo redunde en gloria para su nombre divino, en bien de sus escogidos, y en confusión y vergüenza de los impíos.

El principio empero y la causa del mal no es la presciencia de Dios—pues Dios no obra ni efectúa lo malo, tampoco lo apoya y promueve—sino la voluntad depravada y perversa del diablo y de los hombres. (FC DS XI: 6,7)

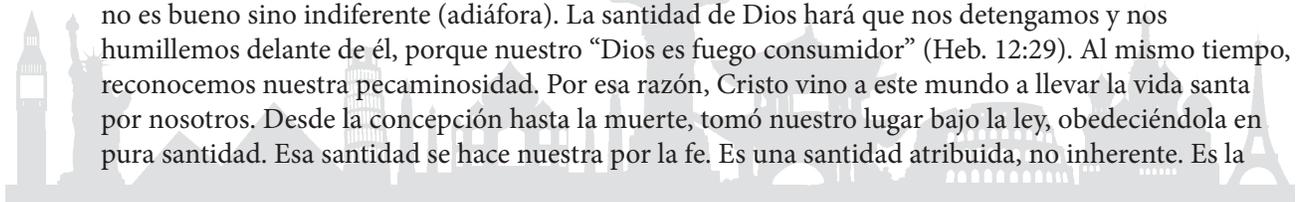
- *Todo sabiduría:* La sabiduría y el conocimiento son diferentes. Una persona puede conocer bien todas las partes que componen el motor de un carro, pero si no puede armarlas de modo que el motor trabaje, su conocimiento no hace ningún bien. La sabiduría es darle al conocimiento el mejor uso práctico. Dios tiene la capacidad de darle a su omnisciencia el mejor y más saludable uso posible. Lo opuesto a la sabiduría no es la ignorancia, sino la necedad.

Dios desplegó su sabiduría en la creación del mundo y todo lo que hay en él. El salmista escribe: “¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría; La tierra está llena de tus beneficios.” (Sal. 104:24). El Señor le reveló su sabiduría a Job en la descripción de la creación del mundo (Job 38–41). Dios también despliega su sabiduría en la manera como gobierna el mundo (Ro. 9–11; Dn. 2:20-23). La sabiduría de Dios ha mostrado su mayor gloria: en la redención de los pecadores, en el poder del evangelio, y en la reunión y preservación de la iglesia (Ef. 3:10; Ro. 11:33-36; 1 Co. 2:6-9).

La sabiduría de Dios es de gran consuelo cuando estamos ante las pruebas de la vida. Dios dirige nuestra vida de modo que todas las cosas obren para nuestro bien (Ro. 8:28). Él nos asegura: “Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.” (Isa 55:9). Cuando tenemos problemas, ponemos nuestra fe en Cristo, por cuya causa Dios dirigirá todas cosas de modo que permanezcamos cerca de él hasta que estemos seguros en el cielo.

- *Santo:* Generalmente pensamos que la santidad es ser sin pecado. Tiene esa connotación, pero la santidad de Dios también nos dice que él ama lo bueno y odia lo malo. Así, él es absolutamente libre de cualquier mancha de maldad. Cuando Isaías vio los serafines alrededor del trono de Dios, alabándolo, los escuchó cantar: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos” (Is. 6:3b).

Como Dios es santo, exige que seamos santos (Lv. 11:44,45; 1 P. 1:15,16). Como Dios ama el bien y odia el mal, exige que nos adaptemos a su voluntad. Como Dios es libre de toda mancha de maldad, nos llama a separarnos de lo que sea pecaminoso. La norma de la santidad de Dios se revela en sus mandamientos. Todo lo que él manda es bueno; lo que prohíbe, es malo. Lo que no nos mandó no es bueno sino indiferente (adiáfora). La santidad de Dios hará que nos detengamos y nos humillemos delante de él, porque nuestro “Dios es fuego consumidor” (Heb. 12:29). Al mismo tiempo, reconocemos nuestra pecaminosidad. Por esa razón, Cristo vino a este mundo a llevar la vida santa por nosotros. Desde la concepción hasta la muerte, tomó nuestro lugar bajo la ley, obedeciéndola en pura santidad. Esa santidad se hace nuestra por la fe. Es una santidad atribuida, no inherente. Es la

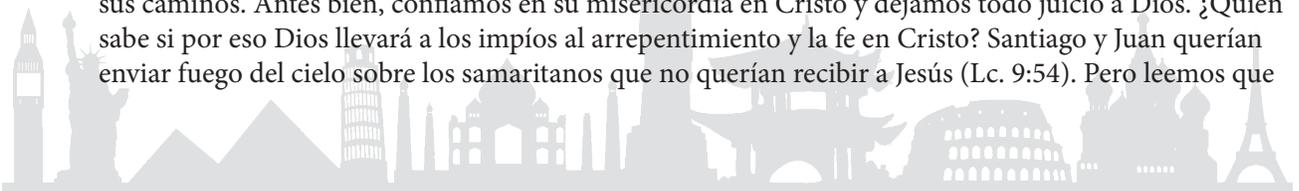


gracia de Dios en Cristo la que nos mueve a vivir vidas santas para la gloria de nuestro santo pero misericordioso Dios.

- *Correcto*: Los actos de Dios son perfectamente conformes a su voluntad, por eso no puede hacer lo malo. Moisés describe a Dios así: “Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; Es justo y recto” (Dt. 32:4). El salmista escribió: “Justo es Jehová en todos sus caminos, y misericordioso en todas sus obras.” (Sal. 145:17). Parecería que el salmista hace una extraña comparación entre la justicia de Dios y su amor, que no parecen ir juntos. Pero debemos recordar que hay una justicia de la ley y una justicia del evangelio. La justicia divina de la ley exige que los pecadores se conformen perfectamente con su ley. Dios también amenaza castigar a todos los que transgredan sus mandamientos. La justicia divina del evangelio es la justicia que él les da a los pecadores por medio de su Hijo, Jesucristo. Pablo escribe: “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro. 3:21-24). Lutero fue llevado a la desesperación porque, inicialmente, no entendía la diferencia entre las dos. Gracias a Dios que por la justicia que nos viene por medio de Cristo, la justicia de la ley de Dios es satisfecha y nosotros somos declarados inocentes. [En inglés se usa dos palabras, “righteousness” y “justice”] (en diferentes formas, como por ejemplo “right, righteous” y “just”) para traducir *šēdeq, šēdāqâ* (hebreo) y *dikaiosynē* (griego). En este párrafo Lange habla de “righteousness”, que es la palabra usada en los textos citados de la Nueva Versión Internacional (en inglés), mientras la Reina-Valera usa “justicia.” Para ilustra la diferencia entre “righteousness” y “justice” usamos “correcto” en este párrafo y “justo” en el siguiente.]
- *Justo*: Dios es justo e imparcial en sus juicios; bendice el bien y castiga el mal. Pablo escribe:

Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis. Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros (2 Ts. 1:5-10).

Dios castigará a los que rechazan su gracia. Pero, en esta vida, a veces parecerá que los impíos prosperan y los creyentes sufren. Como dice el salmo 73, debemos recordar el último destino del incrédulo y el último destino del creyente. Lo ilustra ampliamente el relato que hizo Jesús del rico y del pobre Lázaro. Un incrédulo puede parecer que vive en dicha y éxito hasta que exhale su último suspiro, pero llega el día de rendir cuentas. Dios se ocupa de esto. La Escritura dice: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Ro. 12:19). Mientras oramos por nuestros enemigos, también oramos para que Dios impida la voluntad y el consejo de los que se oponen a él (cf. La explicación de Lutero a la Tercera Petición: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo). Job se quejó de que Dios no era justo, porque estaba sufriendo gran aflicción; pero, el Señor le recordó que no siempre podemos entender sus caminos. Antes bien, confiamos en su misericordia en Cristo y dejamos todo juicio a Dios. ¿Quién sabe si por eso Dios llevará a los impíos al arrepentimiento y la fe en Cristo? Santiago y Juan querían enviar fuego del cielo sobre los samaritanos que no querían recibir a Jesús (Lc. 9:54). Pero leemos que

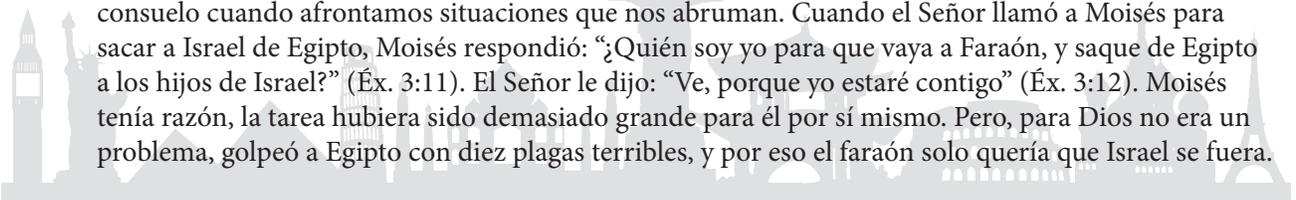


después de que ocurrió la persecución a los cristianos en Jerusalén, el evangelio se difundió hasta Samaria (Hch. 8:14).

- *Fiel*: Dios es fiel a sus promesas. Jeremías escribió: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad” (Lm. 3:22,23). Un ejemplo de la fidelidad de Dios fue cuando Israel peregrinó por el desierto. La fidelidad de Dios sobresalió en directo contraste con la infidelidad de Israel, que se manifestó en las quejas y la rebelión de los israelitas durante la peregrinación por el desierto. Dios llevó a su pueblo “como sobre alas de águila” (Éx. 19:4 NVI) al Sinaí. Les dio agua para beber, carne y maná para comer; los libró del ejército del faraón y de los amalecitas; los condujo por el desierto hasta la Tierra Prometida. Les dio la tierra de Canaán. El libro de Josué registra: “No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió” (21:45). Es un gran consuelo saber que cuando Dios hace una promesa, podemos confiar en ella. Como dice Pablo, la esperanza que tenemos en Cristo “no nos defrauda” (Ro. 5:5 NVI).
- *Veraz*: Dios dice lo que quiere expresar, y expresa lo que quiere decir. No habla de manera críptica. Cuando leemos lo que Dios nos dice en su Palabra, no tenemos que buscar algún sentido oculto detrás de ella, como hace la gente cuando lee el horóscopo. Dios no nos confunde, y no puede decir mentira. Como constataron Balaam y Balac: “Dios no es un simple mortal para mentir y cambiar de parecer” (Nm. 23:19 NVI). Lo que Dios dice es verdad. Jesús dijo, “Santificalos en la verdad; tu palabra es verdad” (Jn.17:17). Las amenazas de Dios son verdaderas, no cambiará de opinión (Gl. 6:7,8). Las promesas de Dios son verdad, no se retractará de su Palabra (Heb. 6:18).

En este punto debemos notar la diferencia entre *verdad* y *lo que es verdad*. Muchos críticos de la Biblia creen que contiene verdad pero no es verdad. Lo que quieren decir es que la Biblia es como un cuento de hadas; la historia del niño que gritaba “El lobo, el lobo” no es verdad, pero eso enseña la verdad de que si le decimos a la gente con frecuencia que estamos en peligro cuando no es así, no nos van a creer cuando estemos en peligro. La Biblia no nos da pequeñas lecciones para la vida, sino que nos dice la verdad. Lo que dice es verdad. Nuestra fe se basa en hechos, no en ficción. Eso nos da seguridad y esperanza en la vida, Pablo creyó “en la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos” (Tito 1:2).

- *Bueno*: La bondad de Dios se ve desde la perspectiva de su ser. Solo él es bueno en y por él mismo. Él es el *bien supremo*. Como dijo Jesús: “Ninguno hay bueno sino uno: Dios” (Mt. 19:17). Nosotros que somos por naturaleza corruptos en pecado, y todavía luchamos con el viejo Adán, hacemos bien en ir humildemente ante nuestro Dios, con corazón agradecido por su bondad para nosotros. La bondad de Dios se ve también desde la perspectiva de su misericordiosa disposición hacia sus criaturas. Dios es bueno: para con todas las criaturas en general (Sal. 136), para los humanos como corona de su creación (Mt. 5:45), para los pecadores (Jn. 3:16), y para los creyentes en particular (Ro. 8:28). En vista de todas las bendiciones materiales y espirituales que Dios nos da, nos unimos al salmista, diciendo: “Aleluya. Alabad a Jehová, porque él es bueno; Porque para siempre es su misericordia.” (Sal. 106:1).
- *Omnipotente (todopoderoso)*: Dios tiene un poder que no podemos comprender; como dice Jesús: “Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios” (Lc. 18:27). Pablo dice que Dios “es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Ef. 3:20). El poder de Dios es ilimitado (Gn. 18:14). Esto es un gran consuelo cuando afrontamos situaciones que nos abruman. Cuando el Señor llamó a Moisés para sacar a Israel de Egipto, Moisés respondió: “¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?” (Éx. 3:11). El Señor le dijo: “Ve, porque yo estaré contigo” (Éx. 3:12). Moisés tenía razón, la tarea hubiera sido demasiado grande para él por sí mismo. Pero, para Dios no era un problema, golpeó a Egipto con diez plagas terribles, y por eso el faraón solo quería que Israel se fuera.



Hay quienes niegan la omnipotencia de Dios y dicen que hay cosas que no puede hacer. Dios no puede mentir, no puede deshacer lo que ha hecho. Ninguna de esas cosas limita de alguna forma el poder de Dios. Dios puede hacer todo lo que no implique una contradicción en su esencia. Así, Dios no puede mentir ni engañarnos.

- *Amor*: Juan escribe: “Dios es amor” (1 Jn. 4:8,16). En primer lugar, el Padre ama al Hijo (Mt. 3:17; 17:5; Jn. 3:35). El Hijo ama al Padre (Jn. 14:31). El amor no solo existe dentro de la Trinidad, Dios muestra amor también para el mundo. El amor de Dios se muestra en que le da a la creación lo que necesita para sobrevivir (Sal. 136:25). Su amor se mostró en su máxima expresión al enviar a su Hijo para salvarnos (Jn. 3:16). El amor de Dios por nosotros no se basa de ninguna manera en algo que haya en nosotros. Dios nos ama con el amor que va más allá de nuestra comprensión, porque él es amor. El amor de Dios por nosotros nos mueve, a su vez, a amar a nuestro prójimo. Solo cuando nuestro corazón ha sido avivado y cambiado por su amor por nosotros, podemos mostrar amor por otros.

El amor de Dios se relaciona también con: su benevolencia (Tito 3:4), su misericordia y compasión (el amor de Dios conmovido por la miseria humana—Tito 3:5; Mt. 14:14), su gracia (El amor de Dios en su empeño por salvar la humanidad del pecado—Tito 3:7), y en que no permite largo sufrimiento (El amor de Dios aplaza el castigo y prorroga el tiempo de gracia —Ro. 2:4).

Se debe notar que Dios sigue siendo amor cuando condena a las personas por sus pecados. Dios no podría borrar el pecado debajo de la alfombra e ignorarlo; no podría hacerlo desaparecer mediante un decreto todopoderoso, porque eso iría en contra de su: santidad, rectitud, y justicia. Pero el amor de Dios halló una manera de satisfacer su justicia: dio a su único Hijo para morir por nosotros. Así, Dios pudo declararnos no culpables, porque su Hijo fue condenado en nuestro lugar.

¡Alabemos al Señor por su amor! Si él nos tratara como merecemos, pereceríamos eternamente. Porque Dios es amor, su Hijo nos redimió de nuestro pecado y tenemos la seguridad de la vida eterna. También tenemos la seguridad de que en todas las cosas Dios obra para nuestro bien en este mundo (Ro. 8:28).

~~~~~

